

Las otras colonias Extranjeras

A mediados del siglo XIX, Barranquilla era ya la ciudad regional más atractiva para el comercio, y en ese ambiente, los inmigrantes fueron determinantes en la conducción de las actividades mercantiles a partir del eje Puerto Colombia-Barranquilla. Y no solo era asunto de alemanes, sino de británicos, norteamericanos, holandeses.

En rigor histórico, los británicos fueron los pioneros del comercio en Barranquilla. Entre 1820 y 1850 se radicaron en Barranquilla el irlandés Santiago Duncan, y los hermanos canadienses -también súbditos de la Corona- John y Edward Glenn. El primero llegó a establecer contactos con el Libertador Simón Bolívar y lo respaldó en su campaña. Los Glenn, por su parte, abrieron en la ciudad un “almacén comisionista” conectado con Jamaica, y exportaban maderas de tinte y algodón por el puerto de Sabanilla.



Cuando en la siguiente década, Barranquilla se convierte en el primer puerto marítimo y fluvial del país, los capitanes extranjeros la escogieron como su lugar de residencia. El conocimiento del río lo transmitieron a sus descendientes. Eso ocurrió no sólo con los Duncan y los Glenn, también con los Reeves y los McCausland, de Escocia. Mención especial merece el inglés Roberto Augusto Joy, quien dirigió la ‘Compañía Unida de Navegación’, producto de la fusión de tres empresas navieras, y que operó por 25 años con cinco vapores.

También jugaron papel importante los extranjeros en el establecimiento y operación del ferrocarril Barranquilla-Puerto Colombia. Su primer tramo entre Salgar y Barranquilla, si bien fue construido por la firma Hoennigsberg, Wessel y Compañía, de mayoría alemana, tenía la participación de ingenieros ingleses como William Shepard y Henry Greenback. El ferrocarril atrajo más extranjeros. Un censo de 1875 arrojó que, en cinco años, la población extranjera había pasado de 200 a 307 personas (un 50 por ciento de crecimiento), y estaba distribuida así; 67 holandeses, 46 venezolanos, 36 cubanos, 33 ingleses, 31 norteamericanos, 31 franceses, 26 alemanes, 23 italianos, cinco daneses y cuatro suizos. Para ese entonces, Barranquilla sumaba 16.549 habitantes.

La mayor parte de los registrados como holandeses provenían, en realidad, de la isla de Curazao, controlado por los Países Bajos, y eran, más bien, de origen judío. Más adelante llegaron algunos españoles, entre valencianos, vascos, catalanes y gallegos; y ocurrió la gran primera oleada migratoria de palestinos, sirios y libaneses a finales del siglo XIX. La artista Elsa Marina Losada, responsable creativa de las estatuas de los inmigrantes, es justamente consecuencia del cruce entre esos pueblos migrantes: su padre, Eduardo Losada, tenía raíces gallegas y sirias.

Hacia 1878, el 34 por ciento de las empresas formales de la ciudad eran de extranjeros, y lo que pagaban en impuestos era la mitad del recaudo total. Y para final de siglo, como para tener una idea del impacto de los extranjeros en la sociedad empresarial, de los 154 socios del Club Barranquilla, 41 de ellos (es decir, más de una cuarta parte) tenían apellidos europeos. Y para cierre del siglo, funcionaban en la ciudad 16 representaciones consulares. Se destacaba entre los cónsules, el de Bélgica, O. Berne, esencialmente, era importador de mercancías inglesas, alemanas, españolas y americanas.

Un censo de 1928 arrojó que en Barranquilla vivían 4.379 extranjeros. Entre españoles, italianos, sirios, venezolanos y alemanes sumaban 2.840 personas y eran el 65 por ciento del total de foráneos. Entre los latinoamericanos, los venezolanos, cubanos y panameños eran el mayor grupo y sumaban 630 personas. Llama la atención, sin embargo, la presencia de 192, chinos, 161 estadounidenses, 153 ingleses, 59 mexicanos, 13 japoneses, y 499 de otras nacionalidades.



A Mizuno se le unieron, más adelante, dos amigos de infancia: Toshio Doku y Toshio Nakamura. Doku es el padre de José Kaor Doku Bermejo, nacido en Uziacurí el 24 de mayo de 1924, y quien como futbolista se destacó en el Santa Fe de Bogotá, pues formó parte de la alineación de 1948, la primera campeona del fútbol colombiano. Al mismo tiempo, Doku era suboficial de la Armada Nacional, y en esa condición, fue voluntario en la Guerra de Corea (1950-1953).

En esa atmósfera de principios del siglo XX, nació el barrio El Prado, construido a iniciativa del ingeniero de minas norteamericano Karl Calvin Parrish, quien para hacerlo conformó, en 1920, la Compañía Urbanizadora del Prado. Allí participaron los también norteamericanos, James F. Harvey, W.D. de Barad, y los hermanos locales Manuel y Enrique de la Rosa.

Los patrones de construcción del barrio El Prado fueron los mismos de los barrios periféricos de California, y en el curso de los siguientes 20 años, y con el emblemático hotel ya en funcionamiento (Se inauguró en febrero de 1930) El Prado se consolidó como la urbanización más moderna de su tipo en todo el país y ejemplo para Latinoamérica.

Parrish también fue uno de los promotores de la construcción del Estadio Municipal de la calle 72 con la carrera 46 en 1928. Se asoció, para ello, con otros extranjeros: el norteamericano William Ladd Hommer el italiano Nicolás del Vecchio, y el local Tomas Suri Salcedo. Y también fue decisivo para las obras de habilitación de la desembocadura del río Magdalena, inaugurada en diciembre de 1936. Sobre Hommer se destaca que fue el primer importador de hielo de la ciudad, y fue el fundador, el 1 de septiembre de 1885, de la Compañía Colombo-Antillana de Teléfonos, primera de su género en el país. Norteamericano también era Samuel L. Hollopeter, quien llegó como veedor de garantía para el del préstamo que permitió modernizar el acueducto de la ciudad. La obra se ejecutó en 1925 a través de las Empresas Públicas Municipales, que el mismo Hollopeter gerenció hasta 1945. Y descendiente norteamericano fue el ingeniero eléctrico Elías Pellet Buitrago, quien inició la radiodifusión comercial en Colombia, el 8 de diciembre de 1929, con su emisora HKD.

Antecesor del hotel El Prado fue la Pensión Inglesa, donde solían hospedarse los ingleses, además de otros extranjeros. Esta pensión operó, inicialmente, en la Plaza de San Nicolás, y luego de varios movimientos, se ubicó en la esquina donde hoy queda la sede del Banco de la República. Ahí estuvo entre 1922 y 1935, cuando perdió protagonismo en favor del nuevo hotel. Esa pensión había hospedado, en 1918, al aviador norteamericano William Knox Martin, quien, al año siguiente, el 18 de junio, realizó el primer vuelo de servicio postal entre Barranquilla y Puerto Colombia, acompañado del panameño Mario Santo Domingo.

En resumen, ha sido grande el legado de los inmigrantes, y muy destacados sus aportes al desarrollo y progreso de la ciudad y al país. Así, por ejemplo, los alemanes trajeron la aviación, el correo y la navegación por el río; los chinos aportaron su gastronomía y el cultivo de las hortalizas; los españoles dejaron su huella en las librerías, la literatura, el teatro; los norteamericanos fueron vitales en la construcción, los servicios públicos y los medios de comunicación; los italianos nos dejaron el cine; y los de Medio Oriente, sus dotes para el comercio, el negocio y los créditos. La colonia venezolana, que llegó a ser numerosa también, se vinculó con el negocio de las farmacias. En ella sobresalieron las familias Fuenmayor y Castellanos.



“Es un viaje a nuestro pasado”: Elsa Marina Losada

Los migrantes han marcado nuestra historia como habitantes del Caribe, y por supuesto, han marcado la mía propia, dado que por mis venas corre sangre árabe y española. Árban y españoles; italianos y franceses; chinos y japoneses; alemanes y franceses; norteamericanos, latinos y antillanos: todos ellos entraron por Puerto Colombia. Y yo, en nombre de todos ellos, he querido plasmar nuestra eterna gratitud con los porteños, por la cálida y generosa bienvenida que nos brindaron. Y lo he hecho mediante el arte, el lenguaje de conexión sentimental más hermoso y sincero que existe.

Mis antepasados entraron al país por este hermoso muelle hoy restaurado, y construyeron sus vidas y las de nuestras familias con algo que yo llamo “gozadera”. Así pues, al acometer esta obra, entré en contacto con mis fibras más internas, porque representa parte de lo que soy: una amalgama de sentimientos, religión, cultura, gastronomía, que, al fundirse, construyen una manera muy propia de amar al Caribe, su belleza y sus complejidades. Reconocer la diferencia nos permite comprendernos mejor en la diversidad. La mezcla étnica es el fruto de una verdadera integración, pues los inmigrantes nos aportaron su cultura, su conocimiento, sus destrezas, su disciplina y una forma de ver y vivir la vida.

Este proyecto artístico de los inmigrantes consiste en un conjunto de ensamblajes escultóricos, compuesto por once efigies que simbolizan a cada una de esas culturas inmigrantes. Están presentadas desde la singularidad de cada legado, en unidades que van desde un metro a los 2,40 metros de altura. Para realizarlas, he mezclado diferentes materiales, técnicas e historias. Y lo he hecho con el mayor gozo para conseguir que las piezas trasciendan en el tiempo, le brinden un homenaje a los migrantes, y les cuenten, a las nuevas generaciones, de dónde venimos.

Cada estatua contiene un alma robusta y estructural de hierro. Utilicé distintos tipos de tubos, varillas y platinas forjadas para desarrollar y acompañar una escultura fluida y orgánica. Eso me permitió hacer cimentaciones y anclajes para garantizarles larga vida. Luego las envolví en mallas y concretos que me permitieron modelarlas paso a paso. Después, empecé mi viaje artístico por el material, logrando que los epóximos entre capa y capa establezcan mi ansiedad de contar cada historia. Para representar, usé el bronce como material noble y resistente a las inclemencias del tiempo, lo que representa las décadas de asentamiento e integración de cada una de esas culturas que llegaron para quedarse.

Usé la técnica del mosaico, que resalta el color como eje transversal del Caribe. Es el color de la alegría, la fauna y la flora en el marco de un atardecer costero inigualable, lo que nos permite sentarnos simplemente a contemplar y soñar. Convertí el mosaico en miles de fragmentos en representación de las miles de historias de cada cultura, concentradas al final como un todo.

No menos importante fueron las soldaduras de diferentes tipos. Ellas me permitieron integrar los variados materiales, tal y como se han mezclado todas esas culturas en ejercicio de alta penetración, de profunda conexión simbólica, pues esta ha sido con los migrantes un solo crisol fundido. Así, pues, esto es, en principio, un tributo a Puerto Colombia y a su historia; pero es, sobre todo, el reconocimiento a un legado que rebasa, de lejos, los límites geográficos del Caribe, y que es parte de todos nosotros.

Con mucho amor
ELMAR

Elmar